

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



El Doctor Benito Arias Montano.

En el siglo XVI, en ese siglo de recuerdos tan brillantes para la nación española, en que florecieron Murillo, Quevedo, Lope, Velazquez y tantos otros grandes hombres cuya sola memoria nos envanece; en ese siglo tan decidido protector de las ciencias, las artes, y la literatura, floreció también el sapientísimo Arias Montano, cuyas obras forman una parte muy principal de las glorias literarias de aquella época. Su nombre pronunciado siempre por los sujetos mas eminentes con aquel respeto que lleva consigo la verdadera sabiduría, es apenas conocido hoy en el suelo que le vió nacer; sus obras que fueron en su tiempo la admiración del orbe, que conmovieron á las naciones, son hoy olvidadas de casi todos, y de muy pocos leídas. ¡Terrible destino de la humanidad! todo parece del mismo modo que se eleva, los monumentos colosales del orgullo humano, y las portentosas obras del ingenio, todas son consumidas por la débil pero constante llama de los tiempos.

«Las torres que desprecio al aire fueron,
A su gran pesadumbre se rindieron.»

Empero al historiador, al biógrafo, toca descorrer ese fúnebre velo que oculta entre sus pliegues, los

restos preciosos de los grandes monumentos del saber: este es el único asilo que le resta á la gloria humana, bajo su manto casi eterno viven para la posteridad, los hombres, los hechos y las cosas. Consagremos pues algunas líneas á la virtud, á el talento, y á el saber de este ilustre Español.

El Doctor Benito Arias Montano, nació en la villa de Fregenal de la Sierra, provincia de Badajoz por los años de 1527, de una familia distinguida, y que en aquel tiempo gozaba del privilegio de hidalguía. Llamábase su madre Francisca Martin Boza, y su padre de igual nombre que el hijo fue notario en dicha villa algunos años, y posteriormente secretario del Santo Oficio en Llerena. Es la opinion mas seguida, que Montano estudió hasta la edad de 16 ó 18 años en su mismo pueblo, pasando también algunas temporadas en Sevilla, y en la célebre escuela de S. Miguel que fundó el ilustre Antonio de Lebrija. Mucho debió su educación segun él mismo confiesa, á el presbítero Diego Vazquez Matamoros, que le instruyó cumplidamente en la geografía, sobre todo en la vista y topografía de la ciudad Santa, cuyo plano habia hecho el mismo Matamoros estando en ella; también le dió algunas lecciones de dibujo en el que hizo despues muchos progresos. En los años de 1546

y 47, consta que se matriculó en Sevilla, donde estudió filosofía, siendo ya consumada y sapientísimo humanista: pasó después á la Universidad de Alcalá donde estudió un año de filosofía natural, dos cursos de teología en 1551 y 52, tomando también el grado de bachiller en artes, y sufriendo en seguida el acto que llamaban de *responsiones magnas*, para aspirar á la licenciatura: es probable que en esta Universidad concluyese su carrera, asistiendo á la cátedra de escritura, que por aquel tiempo explicaba con tanto crédito, el docto cisterciense Cipriano de la Huerga. En esta misma Universidad recibió el grado de Doctor en teología, que después á instancias de sus amigos volvió á tomar en la de Lovaina, y algunas otras extranjeras.

Fue también el primero que mereció el honor de ser laureado poeta por la Universidad de Alcalá, especie de grado académico que se concedía por medio de un certamen, y que nos prueba ya el talento poético de Montano á la edad de 25 años.

Concluida su carrera y después de haber estudiado las lenguas muertas viajó por varias usciones de Europa, y vuelto á España recibió el hábito de Santiago en el convento de S. Marcos de Leon, el día 5 de Mayo de 1560.

En el de 1559 después de concluidos sus estudios y terminados sus viajes, se retiró á la Peña de Aracena distante pocas leguas de su pueblo, en cuyo solitario y agradable lugar, pasaba los mejores ratos de su vida ocupado en el estudio de las Santas Escrituras, y en la contemplacion de la admirable y siempre bella naturaleza. De esta meditacion y solitaria vida, vino á sacarlo su amigo y paisano Francisco Arce, docto médico y cirujano de Llerena, empeñado en que fuese á predicar en aquella ciudad la euarensina, y acompañándole en su comision para decirle mas un individuo del Ayuntamiento, y un encargado del Gobernador de la provincia y de los inquisidores, rogándole en nombre de todos que aceptase aquel púlpito. Accedió Montano, y con el objeto de aprovecharse de la ocasion que se le ofrecia, de instruirse en la ciencia quirúrgica con su docto amigo Arce, admitió también el hospedage que este le ofreció; pero no le duró mucho esta quietud, pues en 30 de Marzo de 1562 se le espidió por el capítulo, licencia para ir en compañía del Obispo Ayala freile también de su Orden, á el gran concilio de Trento.

La celebracion de aquella religiosa asamblea, habia sido por muchos años el deseo general de los católicos. Las naciones todas procuraron enviar las personas mas respetables á un Congreso, en el que iban á decidirse cuestiones de tanta importancia; la nuestra eligió para ello á el célebre Antonio Agustin, y á Covarrubias, mereciendo también este honor Arias Montano, á pesar de no haber cumplido aun 35 años. En todas las cuestiones que se agitaron en aquella asamblea se distinguió Montano, llevándose en todas las oplauros y la admiracion por su saber, y por la energía que mostraba en sus cuestiones con los hereges. Concluida

su mision, que desempeñó con tanta valentia, y sin cuidarse de los muchos lauros que allí habia recogido, se retiró segunda vez á su amada Peña de Aracena, empleando sus dias en el estudio de las Sagradas Escrituras, sobre las cuales fue dando á luz sucesivamente doctos comentarios. Allí se hallaba trabajando cuando recibió el nombramiento de capellan del Rey Felipe II; pero ni este brillante ascenso, ni el ruido y distracciones de la Corte, le impidieron continuar sus trabajos, ni distraerle de sus serios estudios. Honróle tanto el Rey Felipe, que le encomendó la edicion de la famosa Biblia Poliglota ó Régia, en cuyo trabajo empleó seis años en Amberes donde afirma haber estudiado once horas diarias. Mas no faltaron personas que envidiosas de su gloria, le calumniasen con pretesto de que habia adulterado el texto sagrado, en la version que de él habia hecho, quejándose de esto á la Silla Apostólica, por lo cual sufrió muy serios cargos de la Inquisicion y de la Corte de Roma, hasta que el Papa Gregorio XIII que ocupó la silla por aquel tiempo, le absolvió de todo conociendo su inocencia, imponiendo silencio á sus contrarios, y dándole permiso para que concluyese tan grande obra.

Fue muy querido de Felipe II, quien le honró muchas veces escribiéndole de su puño, y mostrándole en todas sus cartas mucho amor y respeto. Es muy célebre entre ellas y digna de ser atendida la que le dirigió desde Madrid con fecha 25 de Marzo de 1568, dándole instrucciones acerca de la impresion de la Poliglota, y para invertir 6000 escudos en la compra de libros manuscritos para la biblioteca del Escorial, poniéndose para ello de acuerdo con el Embajador de Francia D. Francés de Alava que tenia el mismo encargo bajo la direccion de Arias Montano.

Omitimos, por no ser de este lugar, las tristes reflexiones, que nos arranca la lectura de aquella carta al comparar aquellos tiempos con los presentes.

A su vuelta de Flandes á Roma, vivió mucho tiempo al lado del Rey haciendo las propuestas para los Obispos de Flandes. Mandólo después llamar Felipe á el Escorial para que ordenase aquella librería y con efecto en 1.^o de Marzo de 1577, marchó para aquel sitio donde se ocupó durante algunos meses en su arreglo de la manera que aun se conserva, dividiéndola en 64 disciplinas, y en 24 de Setiembre del mismo año lo dejó ya concluido. Poco después marchó de orden del Rey para Lisboa con una comision especial y reservada; en todas partes le estimaban deseando su amistad como sucedió con el Rey de Portugal en esta ocasion.

En el año de 1579 logró ya permiso para retirarse á la Peña de Aracena, donde concluyó algunas de sus obras; vinieron después á solicitarle sobre las cosas de Portugal, y las preteusiones de Felipe, pero él lo rehusó con constancia, permaneciendo en aquel santo y agradable retiro hasta la convocacion del concilio provincial de Toledo en 1582. Desde Toledo volvió otra vez á el Escorial, donde formó una lista

de los libros que debían comprarse para aquella Biblioteca, y dejó á la misma 30 libros árabes y uno hebreo: pensó despues retirarse á el convento de su Ordeu en Sevilla, solicitando de el de Leon le hiciese merced del quinto que le correspondia por ser el de su filiacion aunque no lo pudo conseguir. En 14 de Setiembre de 1584 hizo dimision de su plaza de capellan que le fue admitida, trasladandose á Sevilla en el año siguiente donde permaneció algun tiempo aunque molestado con las exigencias de la Corte, hasta que en 1593 teniendo ya 65 años, se retiró á servir el priorato de el convento de Sevilla para cuyo destino habia sido elegido tres veces.

Desde el año de 1562 en que salió para Trento, hasta el de 93 en que se retiró á el convento de Santiago de la Espada en Sevilla, su vida fue mas bien la inquieta peregrinacion de un viajero, que el sosiego y tranquilidad propia de un escritor grave; y mirándolo ya en Trento, ya en su soledad, ya en la Corte, ya tambien en Amberes, en Roma, en Madrid, en Lisboa, en Toledo, en el Escorial y en Sevilla, parece imposible que pudiera escribir tanto y tan bueno gozando de una vida tan inquieta y turbulenta. Estando en Sevilla pretendió entrar

en el convento de Cartuja donde intentaba acabar sus dias, pero la muerte vino á impedir esta resolucion haciéndole pasar á mejor vida el día 6 de Julio de 1593 á las tres y media de la mañana contando ya 71 años de edad. Su cadáver fue sepultado en el convento de Santiago de la Espada, con la siguiente inscripcion sobre la caja:

IN SPEN RESURRECTIONIS
BENEDICTI ARIÆ MONTANI VIRI CHRISTIANI
PIETATE DOCTRINA MORUM
SANCITATE CLARISSIMI SACRARUM
SCRIPTURARUM EX DIVINO DONO
INTERPRETIS EXIMIIOSSA AMICI CONDIDERE
A. D. M. D. XCIII.

Despues fue trasladada su caja á un magnífico sepulcro de mármol blanco que el prior D. Alonso de Ontiveros le mandó labrar, y es el mismo que hoy existe en la capilla de la Universidad de Sevilla y sobre el cual se hallan gravadas dos inscripciones; la primera (en que se halla refundida la anterior), es alusiva á su vida y muerte, y al primer sepulcro en que fue depositado; la segunda sobre su traslacion á la Universidad y dice así:

B. ARIÆ. MONTANI. V. C. OSSA.
EX COENOBIO EQUESTRI D. IACOBI
GALLIS OCCUPANTIBUS CIVITATEM
IN ADEM MAXIMAM TRANSDUCTA ANNO MDCCCX
HOSTIBUS FUGATIS RELATA DOMUM PRISTINAM
POSTREMUM SODALITATE ABOLITA
HIC INLATA SUNT AD GYMNASIUM QUOD INVENIS FREQUENTARAT
XII KAL. SEPT. ANN MDCCCXXXVIII.
ACADEMIA HISPALENSIS
RELIQUIIS ALUMNI SUI JURE VINDICATIS
LOCUM MONUMENTI DECREVIT.

Fue Montano de pequeña estatura, pero de cuerpo varonil y bien formado, de rostro agradable y de color trigueño, de complexion delicada, de condicion apacible y blanda, sencilla y humilde.

Sus obras son tantas que seria preciso escribir mucho, si de todas hubiésemos de hacer mención; la principal fue la famosa Biblia Poliglota, impresa bajo su direccion. Escribió los Comentarios sobre los doce Profetas, una Retórica, y otras infinitas obras, por último consumado teólogo, político entendido y sagaz, poeta elegante y sublime, orador elocuente y persuasivo; es Montano uno de aquellos hombres que rara vez produce el mundo. Pacheco en su elogio copia varias composiciones hechas á su mérito, y no queremos pasar en silencio aquella preciosa octava de Jáuregui que dice:

«Y en labor tanta con cincel divino
Su nombre esculpe (superior trofeo)
Donde el carácter patrio y peregrino
Le consagra al católico Liceo:
Honra á Montano el ático y latino,
Mosáico, y sirio, el árabe y caldeo,
Ni algun dialecto construccion contiene
Donde igual nombre no redunde y suene.»

En lo cual se refiere á las once lenguas que sabía; y principalmente á las muertas.

Aun se conserva en la villa de Fregenal de la Sierra la humilde morada que le vió nacer, sita en el barrio de Sta. Catalina y en la calle del Caño que hoy llaman de Montano. Los naturales señalan al viajero este lugar, como los franceses el mausoleo de Napoleon, y como suele hacerse con el sepulcro de Virgilio y con la tumba de Ciceron. Ni una sola mancha hay en la vida de este eminente y cristianísimo varon, que pueda empañar su mérito y lustre, como eclesiástico fue dechado de virtud y de ejemplo, al paso que blando y apacible en el trato privado: sus grandiosas y bien meditadas obras atestiguan su saber, y la proteccion que mereció del entendido y prudente Felipe II, nos convence de lo que valia como político. La provincia de Extremadura ha producido hombres eminentes en todos los ramos, pero ninguno que iguale á este insigne y apreciable varon, que vivirá eternamente, para la gloria de España en los fastos de nuestra historia.

L. VILLANUEVA.

COSTUMBRES.

LA NUEVA CARRERA.

Felices mil veces aquellos tiempos que alcanzaron nuestros padres, en que el dinero les sobraba por todas partes, en que no se conocían modas, ni lujo, ni cumplimientos, cosas á Dios gracias venidas de allende de los Pirineos, y en que sus viajes no pasaban de la tierra que habían recorrido con la escopeta al hombro en busca de caza. Entonces no se sabía audar catorce leguas en una hora, (como diz que se hace en el extranjero) pero en cambio se ignoraban ciertas cosas que por ignoradas debían estar, y además sabían unas cuantas que nosotros ignoramos; v. g. *dar carrera á un hijo*. Esto que á muchos ciudadanos pone y pondría en un grande aprieto en la actualidad, era tierra llana para ellos, y para sus hijos no digo nada. Pagado el viaje con la comida, algunos cuartos de repuesto, un manto y una sotana viejos, y un ex-sombrero de caual del Cura transformado en tricornio estudiantil, emprendía el viaje el muchacho; pasaba el noviciado, se recortaba el sombrero, se hacía tiras el manto, concurría á la sopa, frecuentaba la tuna y al cabo de algunos años, según su inclinación medida por lo mas ó menos estrafalario y roto que corría por el mundo, así se encontraba eclesiástico ó abogado ó médico y de todos modos enredador.

Tales reflexiones asaltaban mi imaginación días pasados sin saber por que causa, llamándome sobre toda la atención, el saber los motivos que moverían el ánimo de nuestros gobernantes á entorpecer la senda que guiaba á tantos jóvenes á gauársela como suele decirse. La teología, las leyes, y la ciencia de curar en general, han sido el blanco de los continuos tiros de Tirios y Troyanos. ¡Pero despues dirán que si los jóvenes del dia!... ¡los gobiernos que tantas carreras les han cerrado no les han procurado tan siquiera una, pero en desquite ellos se la han abierto y no estrecha según parece. En efecto un jóven estudia Jurisprudencia, y por no haber tenido relaciones amistosas con los libros, es echado á cajas destempladas; quiere entregarse en manos de la ciencia de Galeno, pero retrocede al escuchar que tiene que pagar una cantidad exorbitante para su familia; dirige sus pretensiones á la teología, pero al ir á matricularse se encuentra con una de esas *sombras*, que representan á los maestros de la iglesia de nuestro católico pueblo, y hete aquí que nuestro hombre detiene el paso, se muerde el dedo, fija los ojos en tierra, y dando una gran patada en el suelo esclama; todas se me cierran... *la de literato*.

Dica el refran que de *poeta, médico y loco, todos tenemos un poco*. Nuestro héroe posee en alto grado la primera circunstancia. Cierta vez en su pueblo registrando la librería del albeitar, tropezó

con el tan apreciado entre estas gentes D. Eugenio Gerardo Lobo, y este fue su mentor y guía en sus ensayos poéticos. Una fiesta del pueblo, los dias de alguna parienta, la pedantería del alcalde, la peluca del dómíne arrancada de su cabeza y á merced del viento, eran los asuntos que hacían correr su pluma, puestos unas veces en redondillas, otras en romance, mas lo general en décimas por la ventaja que tienen estas de poderse cantar por el *paño ó la punta de la Habana*, así que mataba dos pájaros de una pedrada; mas tarde dieron pávulo á su génio poético, ya el canto de una hazaña estudiantil, ya unos *gozos* ridiculizando al catedrático por haberle preguntado la lección un dia en que casualmente no había estudiado. Teniendo esto en consideración, no se puede llamar audacia que aspire, puesto que se le cierran todas, á la carrera de *literato*; esta le ofrece las ventajas de no tener que sufrir exámen, ser lucrativa, breve y sobre todo no sujeta á estudio alguno. Para esto primeramente se suscribe á cualquier periódico de literatura con el solo fin de explorar. El resultado de este paso no es muy satisfactorio para él: por las varias composiciones que ve insertas, y mas aun por las frecuentes conversaciones con otros aspirantes á literatos amigos suyos, ha venido á conocer no es el estilo del buen Gerardo el que domina en esta época, habiendo tenido que ceder á lo adelantado del siglo. Euseusado es decir á nuestros lectores, que el estilo que necesita y el que le indican la prensa y sus amigos, no es otro que el hinchado y metafórico de las composiciones, que con tanta propiedad como chiste calificó un crítico nuestro con el nombre de composiciones de *Tumba y Hachera*. Tan fácil le es adquirir este estilo, como desechar el adquirido. Solo con leer alguna de las poesias de moda, que con tanta frecuencia se ven impresas, con aprender y usar á todo pasto de las palabras *destino, hado, fatalidad, y comparsa*, con leer sus composiciones con tono cual de ciego en Semana Santa, y con añadir á los tres enemigos capitales los para el mas temidos Blair y Hermosilla, se encuentra nuestro hombre en estado de escribir dondè mejor le pareciere.

El romper el fuego es el paso para él mas terrible: suele haberse procurado ya para esto alguna nombradía entre sus amigos, dejándoles leer alguno de sus ensayos, y entre gente menos docta recitando como suya alguna composicion muy ajena de su caletre, que de absoluta necesidad debe ser *el amor sin objeto* de Pastor Diaz. En este estado cual el ligero corredor siente la impaciencia y el deseo hervir en su pecho por lanzarse á la carrera, seguro de tocar primero la meta; así nuestro jóven concluidos sus *trabajos y preparativos* y escogida la composicion que ha de poner á la censura del editor de un periódico, espera con ansia el juicio de este, única y débil barrera que le separa de la inmortalidad.

(Se continuará.)

GALERIA DE PINTURAS.

ESCUELA ESPAÑOLA.



(Retrato del Príncipe D. Baltasar Carlos, montado en una haca.—Cuadro de Velazquez.) (1)

Antes de pasar á la descripción del cuadro, vamos á trazar una ligera biografía de este joven Príncipe, de quien apenas se hace mención en las historias, ni aun en las obras biográficas, y que debe, por decirlo así, su memoria al pincel de Velazquez.

El Príncipe D. Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV y de Doña Isabel de Borbon, nació en Madrid el año de 1629. Su nacimiento fue celebrado con grandes regocijos, pues hacia nueve años que se esperaba sucesión masculina en que afianzar la corona: tenia apenas tres cuando fue jurado por heredero de ella en 1632. Crióse hasta la edad de 14 años entre las damas de Palacio, siendo su aya la esposa del Conde-Duque de Olivares, por cuyo medio pensaba aquel político perpetuarse en el poder, obteniendo el favor del Príncipe, así como poseía el del Monarca su padre. Con motivo de algunas quejas que llegaron á oídos del Rey, sobre el descuido en que se tenia

al Príncipe de Asturias, mandó Felipe IV al Conde-Duque se le pusiese cuarto inmediatamente, como se verificó, amueblando para ello con toda suntuosidad la cámara del alcázar, que habia ocupado el Infante Cardenal D. Fernando antes de marchar á los Países-Bajos, teniendo que desalojarla el Conde-Duque, el cual la ocupaba á la sazón.

Este golpe fue uno de los primeros que hirieron á Olivares en su privanza, y para sostenerse en ella nombró por ayo al bastardo D. Enrique de Guzman, á quien algun tiempo antes adoptara por hijo. Poco tiempo despues volvió á ser el Príncipe D. Baltasar Carlos, causa inocente de la caída del Conde-Duque. Hallándose en el cuarto de su madre á la sazón que entró allí el Rey, determinó aquella aprovechar la ocasion para decidir el ánimo fluctuante del Monarca, y hacerle destituir al favorito. Para ello hizo recaer la conversacion sobre los últimos desastres de Portugal, y tomando en sus brazos al Príncipe D. Baltasar, se lo presentó al Rey con los ojos bañados en

(1) Véase su biografía en el tom. II del Semanario pag. 65.

lágrimas, diciendo: «aquí tenéis á vuestro hijo, el cual si no separáis luego al Ministro que ha puesto la Monarquía en tal conflicto, lo veréis reducido á la última miseria.» Estas palabras pronunciadas con la energía de una madre, y la intención de una mujer ofendida, concluyeron de resolver el ánimo de Felipe contra el Conde-Duque, determinando al fin su destitución.

Habiendo fallecido la Reina Doña Isabel, en Octubre de 1644, decidióse Felipe IV á salir de Madrid para activar los preparativos de la guerra contra los franceses é insurgentes de Cataluña, llevando al Príncipe Baltasar en su compañía. En efecto, salió el 11 de Marzo de 1645 para Zaragoza, donde se habían convocado las Cortes de aquel reino, y el día 20 de Setiembre juró los fueros, y fue reconocido por sucesor á la corona en aquellos países. En seguida salió para Valencia, donde fue igualmente jurado en Octubre de aquel mismo año.

Tratóse entonces de casarle, y al fin se resolvió el pedir por esposa una hija del Emperador Fernando III, con mucho regocijo de ambas coronas: estaban ya para marchar á Viena los embajadores que debían solicitar aquella boda, cuando el Príncipe comenzó á enfermar, por cuyo motivo regresó nuevamente para Zaragoza en compañía de su padre desde la frontera de Cataluña, donde acababan de conseguir las armas españolas una brillante victoria contra el Conde d' Harcourt. En aquella ciudad cayó en cama el desgraciado Príncipe, el día 2 de Octubre, y el 9 bajó al sepulcro con general sentimiento de toda la nación, por ser el único hijo que á la sazón tenía el Monarca, y en el cual se cifraban todas las esperanzas de los pueblos. Sus restos mortales fueron conducidos al Panteón del Escorial.

Segun las creencias de aquella época, se achacó su muerte á filtros que se le habían hecho beber, y que los médicos habían combatido con escesivas sangrías y otros remedios violentos, pero es creíble que fuesen mas bien unas calenturas malignas. De todos modos se culpó en gran parte de la mala dirección de la cura, á su mayordomo D. Pedro de Aragon, que por este motivo cayó en desgracia. Es notable la rara coincidencia de la muerte del Príncipe D. Baltasar Carlos con la de su tío el Infante D. Carlos, hermano del Rey Felipe III. Ambos murieron de resultas de unas sangrías hechas fuera de tiempo, el Príncipe en Zaragoza y el Infante su tío al regresar de aquella ciudad á la Corte. La muerte de este se achacó á filtros y brebajes, que le hizo beber el Conde-Duque: si hubiera vivido Olivares no hubieran dejado sus enemigos de achacarle tambien la muerte del Príncipe.

Erá D. Baltasar muy hermoso y agraciado, lo cual unido al mucho cariño que le profesaba su padre, fue causa de que le retratase Velazquez varias veces durante sus cortos años: en el mismo salon de la izquierda donde está actualmente, al número 232 el cuadro que representa el grabado anterior, hay otros dos con los números 270 y 308, en que está representado

en el primero en traje de cazador, acariciando á su perro favorito, y en el segundo con traje de Corte, y una carabina en la mano. Este tercero en que está representado á caballo, es el mas celebrado de los inteligentes. «Representa, (dice el Sr. Caan-Bermudez al hacer su descripción) un gracioso muchacho de nueve á diez años, y del tamaño natural, vestido con el traje de su tiempo: chapeo con pluma en la cabeza, valona de eucage, banda acarminada, que cae desde el hombro derecho hasta el costado izquierdo con cabos de oro al aire para hacer mas garbosa la figura, gregüescos anchos, botas enteras hasta la mitad del muslo, baston de General en la mano derecha, y la brida en la siniestra, con que gobierna la briosa haca en que está montado, sencillamente enjaezada, y corre á galope en primer término por la estrada. Está pintado con la valentía y gusto de Velazquez, y causa un efecto noble y decoroso, pues así el caballero como el caballo parece que respiran, y ostentan con su talante, aquel la dignidad de su alta estirpe, y este la raza cordobesa, á que pertenece. Se puede asegurar que el cielo y el terreno de este cuadro están bosquejados con brochas solamente; pero con tanta precision y elegancia, que el espectador nada echa de menos en ellos, á pesar de la brevedad é indecision con que están ejecutados.»

Tiene 7 pies y 6 pulgadas de alto, por 6 pies, 2 pulgadas y 6 líneas de ancho.

VIAJES.

RAPIDA OJEADA

SOBRE LAS ISLAS CANARIAS (I).

III.

Su descubrimiento y conquista.

Dejaremos á un lado, para los sabios, el intrincado laberinto sobre si las Canarias fueron, ó no, conocidas de los antiguos; el catálogo de los brillantes ensueños sobre su aparicion en el globo, y el confuso caos de las bizarras etimologías de sus nombres; pues ni los estrechos límites de una carta pueden dar cabida á la multitud de cuestiones, que tendríamos que analizar, ni tampoco lo considero necesario al fin que me he propuesto. Basta para mi intento que tu sepas que desde fines del siglo XIV, en los reinados de Juan I, y de su hijo Enrique III, llamado el *Enfermo*, comenzaron á ser visitadas estas Islas con alguna frecuencia por los intrépidos vasallos de los Reyes de Castilla, unas veces impelidos por las borrascas del Océano, como sucedió á *Martin Ruiz de Avendaño*, que mandando una escuadra en tiempo de Juan el I, tuvo que correr los peligros de un furioso temporal, que lo hizo arribar á la isla de Lanzarote; y otras de intento, con el objeto de adquirir riquezas y renombres

(1) Véanse los números 16 y 25.

como sucedió á *Gonzalo Peraza Martel*, el que autorizado por el Monarca Enrique III, practicó en 1399 una larga y destructora correría sobre las costas de Lanzarote, Fuerteventura, Canaria, Hierro, Gomera y Tenerife; sin hacer mención de las frecuentes visitas que por este mismo tiempo practicaron en nuestras Islas los mercaderes normandos, que según el celebre viajero dominicano *Fr. Juan Bautista Labat* habían establecido su comercio y factorías hasta el cabo de Sierra Leona en Africa situado á 9 grados de latitud N. cuyos acontecimientos proporcionarían, sin duda, al famoso *Juan de Bethencourt* las noticias que le hicieron formar el designio de conquistar para sí las Islas Canarias.

En efecto, este hombre singular, conocido en la historia con el renombre de *Grande*, y de quien nos ocuparemos con mas estension en otro lugar, se aprovechó de la indiferencia y notable abandono de los Soberanos de la Península, con respecto á nuestras Islas, y sin otro derecho positivo é incuestionable que el que le proporcionaban sus fuerzas, y la elevacion de su genio intrépido y emprendedor, y sin tener en cuenta la investidura de Rey de las Canarias que en 1344, habia concedido el Papa Clemente VI á *Don Luis de la Cerda*, Conde de Clermonte, á quien según el P. Mariana llamaban el *Desheredado*, y que como tal Rey verificó un solemne paseo en Avignon única memoria que nos ha quedado de su reinado; (1), emprendió muy á los principios del año 1402, la realizacion de su proyecto, y se dispuso á la conquista de un pais, que para él debia ser teatro de gloriosos y desgraciados acontecimientos.

Aquí deberia yo soltar mi pluma, como han hecho muchos escritores antiguos y noveles, y ponderar en estilo campanudo, ó en estrofas gongóricas, la injusticia de los conquistadores, la feicidad que el derecho de la fuerza arrebató á los antiguos moradores de estas olvidadas peñas, y la desgracia en que estos seres privilegiados fueron sumidos por aquellos nombres que corrían precipitadamente en pos de nuevos títulos de gloria, y de los tesoros que se figuraban encontrar en el nuevo pais. Pero no lo esperes así: mis ideas sobre la conquista y civilizacion de los pueblos idólatras son muy distintas; pues como tu sabes, todos los hechos históricos de esta clase, desde los consignados en los libros Santos, hasta estos últimos tiempos, son para mí dignos de la mayor veneracion.

Sin embargo, sea de esto lo que fuere, lo cierto es que nuestro celebre *Bethencourt*, se dió á la vela el 1 de Mayo de 1402, desde el puerto de la *Rochela* en un navio armado por él, y por *Gadifer de la Salle*, jóven bizarro que estaba tambien entregado á los ensueños de la caballería andante, tan comun en aquel siglo. Además del número suficiente de tropa, y abundantes provisiones de guerra, conducia el barco dos

eclesiásticos, revestidos del carácter de Apóstoles de las Canarias, y de historiadores de este acontecimiento memorable. Llamábanse *Fr. Pedro Bontier*, religioso franciscano, y el presbítero *Juan Lecverrier* (2), conduciendo tambien por intérpretes á dos isleños llamados *Alfonso é Isabel*, que afortunadamente pudieron lograr hicieron parte de la expedicion, no obstante hallarse establecidos en Francia, despues de que los hicieron cautivos, y que recibieron las aguas saludables de la regeneracion espiritual.

Grandes fueron los obstáculos que experimentó *Bethencourt* en la navegacion, capaces cada uno de ellos de haber arredrado á otro genio que no fuera el suyo. Mas él, superior á todos los contratiempos venció todas las dificultades, y sin embargo de ver reducida su fuerza á 53 hombres, de los 250 de que constaba la expedicion, por habérsele desertado los demás en los varios puertos de España á que arribó, llegó felizmente á Lanzarote á principios de Julio del mismo año.

No es mi ánimo seguir paso á paso las operaciones de nuestro conquistador *Bethencourt*; pero si te diré que deseoso de reforzar sus tropas, y de proporcionarse justos y legítimos títulos para la empresa que habia comenzado, pasó al cabo de poco tiempo á España, y rindió homenaje por las Islas, que formaban el objeto de sus esperanzas, á la Magestad de Enrique III de Castilla. La historia nos ha conservado el razonamiento del intrépido conquistador, y creo no llevarás á mal que yo te lo trasciba añadiendo la contestacion del Monarca. «Señor, dijo el guerrero normando postrado á los pies del Rey, yo vengo á implorar el socorro de V. A. y suplicarle rindamente me haga merced de la conquista de unas Islas llamadas de *Canaria*, á cuya empresa he dado principio, y en cuyos países me esperan por instantes los compañeros de mi nacion, á quienes he dejado allanando el terreno, señaladamente mi amigo *Gadifer de la Salle*, que ha querido correr mi misma fortuna. Yo conozco, dilectísimo Señor, que V. A. es Rey y dueño de todas las tierras comarcanas, y el Príncipe Cristiano que está mas próximo á aquellas Islas infieles, por cuya razon he acudido á solicitar esta gracia, esperando que V. A. llevará á bien la rinda homenaje por ellas.»—«Vuestro reconocimiento, contestó el Monarca, á los derechos de mi corona es igual á la buena disposicion de vuestros ánimo; y debo estimar mucho que no os hayais olvidado de ocurrir á rendirme el homenaje por unas Islas, que á lo que yo creo, están mas de 200 leguas lejos de aqui, y de las cuales apenas he oído hablar á mis vasallos.»

(Se concluirá.)

(1) El historiador Viera, con aquel donaire con que suele bromear sus escritos, dice, que D. Luis de la Cerda no vino á las Canarias, que perdió la corona luego que la ganó, y que se le setaron los laureles aun antes de cortarlos.

(2) Escribieron en francés la *Conquista de las Canarias*, cuyo manuscrito se halló en la Biblioteca de Mr. de *Bethencourt*, Consejero en el Parlamento de Ruan, y se imprimió en 1630 en Paris.

MISCELANEA.

BUCÉFALO.

El nombre de bucéfalo que tenía el caballo de Alejandro el Grande, y que en griego quiere decir cabeza de buey (*bous Képhalé*) se le dió ya sea porque tenía la cabeza parecida á la de un buey, ya porque llevaba en el lomo ó en la grupa aquella figura, ó ya en fin, como han supuesto algunos escritores antiguos, porque era producto de un toro y una yegua. Alejandro lo compró por 16 talentos á un Tesaliano famoso por los caballos que criaba en las llanuras de Farsália, y despues de domarlo con una habilidad cuyo recuerdo nos ha conservado la historia, lo reservó para no servirse de él sino en los grandes dias de batalla. Si hemos de dar crédito á Plinio, Estrabon y Quinto Curcio, cuando Bucéfalo no estaba ensillado, se dejaba montar y guiar sin dificultad por el palafrenero que cuidaba de él; pero cuando estaba enjaezado no sufría que otro que Alejandro le montase, y apenas veía al Príncipe, doblaba las rodillas para recibirle. El Rey de Macedonia debió mas de una vez la vida al vigor y rapidez de su caballo. En el combate que dió á Poro en las orillas del Hidaspo, se habia internado en medio de la caballería india, é iba á perecer, si Bucéfalo, aunque mortalmente herido, no hubiese redoblado su celeridad para librarle de aquel estremado peligro. Apenas hubo conducido á su dueño á las filas de los Macedonios, espiró. Alejandro agradecido, y queriendo eternizar la memoria de tan noble animal, hizo erigir en las orillas del rio, en el sitio mismo en que habia caido, una ciudad á la cual puso el nombre de *Alejadria-Bucéfalos*. Algunos sabios han sostenido que dicha ciudad es en el dia la de Lahor, capital del reino de este nombre en la Península del lado acá del Ganjes.

PEGASO.

Este caballo fabuloso, célebre en la mitología genética, nació segun ella, de la sangre de Medusa cuando Perseo le cortó la cabeza, aunque otros decian, que habia sido criado por Neptuno. Añaden que tenía alas, y que de una cox hizo brotar la fuente Hipocrene, tan celebrada de los poetas. A pesar de su ferocidad logró montarle Belefonte, cuando fue á combatir la Quimera; y despues de su muerte fue colocado entre las estrellas.

Segun algunos críticos, la realidad de esta fábula es, que Pegaso era el nombre de un navío al mando de Belefonte, y que por su ligereza y por ser de los primeros que usaron velas, se le puso el nombre de *caballo alado*.

POESIAS.

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA M. DE R.

Mi inspiracion.

No es el ambiente, que de aromas lleno
mece las flores con impulso blando
y refresca y halaga el prado ameno,
y luego desaparece susurrando.

Ni gota de cristal, que esconde el alba
de los rayos solares temerosa,
en los verdes pimpollos de la malva,
ó en el cáliz fragante de una rosa.

Ni, amiga de los himnos celestiales
en las santas basílicas, la nube,
que formando graciosas espirales
al sόlio eterno vacilante sube.

Ni es tampoco el arrullo lastimero
de la tórtola viuda, solitaria,
el ángel de mi canto plañidero,
la sublime ilusion de mi plegaria.

Ni es el lirio perfumado,
que ha brotado
en las sombras del pensil;
ni el reflejo de la aurora,
que atesora
en su seno de marfil.

Ni es el lánguido destello
manso y bello
de la luna virginal,
cuando llega en pos del dia,
noche fria
con silencio sepulcral.

No... que es cielo de hermosura
toda pura,
quien me llama en su pasion
con voz tímida y secreta
su poeta
y ella es ¡ay! mi inspiracion.

R. MONJE.

